

El argumento a favor de la abolición

Para proteger a la humanidad del daño catastrófico e irreversible que las armas nucleares están diseñadas para causar, los gobiernos deben trabajar con urgencia para eliminarlas.

Ya se han desmantelado decenas de miles de armas nucleares en respuesta a las demandas de abolición procedentes de personas de todo el mundo. Un país, Sudáfrica, ha eliminado por completo sus armas nucleares; decenas de otros han abandonado sus planes de adquirirlas.

En lo más álgido de la Guerra Fría había unas 70.000 armas nucleares, y se lograron reducciones importantes del arsenal mundial desde mediados de los años ochenta hasta principios de la década de 2000.

Más recientemente, sin embargo, los programas de desmantelamiento de ojivas se han paralizado, y algunos países con armas nucleares están ampliando ahora sus arsenales a un ritmo sin precedentes. Ninguno de ellos ha trazado un plan para el desarme total.

Pero la inmensa mayoría de los países del mundo sigue oponiéndose firmemente a las armas nucleares y desea que sean abolidas cuanto antes.

No basta con detener la propagación de estas armas a más países, ni con poner límites a las circunstancias en que podrían utilizarse. Dada la gravedad de la amenaza que suponen para toda la vida en nuestro planeta, la abolición es la única respuesta.

Inmorales, ilegales y antidemocráticas

Las armas nucleares causan muerte y destrucción a una escala masiva, y amenazan la propia supervivencia de la humanidad. Matar y mutilar de forma indiscriminada a cientos de miles de personas nunca puede tener una justificación moral.

Cualquier uso de armas nucleares contravendría el derecho internacional y constituiría un crimen de guerra del más alto orden. Las armas con efectos catastróficos jamás pueden servir a un fin militar o estratégico legítimo.

En todo el mundo, incluidos los países con armas nucleares, las encuestas de opinión muestran un fuerte apoyo público a la abolición. Los gobiernos que siguen desarrollando arsenales nucleares actúan en contra de la voluntad —y de los propios intereses— de su ciudadanía.

Todas las personas, en todas partes, se beneficiarían de la eliminación de estas armas tan terribles.

Disuasión nuclear

Los países con armas nucleares suelen invocar la teoría de la «disuasión nuclear» para justificar conservar sus arsenales nucleares. Argumentan que sus armas solo sirven para disuadir a otros países de iniciar un ataque nuclear y que, de esta forma, contribuyen a la paz y la estabilidad.

La mayoría de los países, sin embargo, rechazan esa lógica y consideran que la disuasión nuclear es un planteamiento de seguridad peligroso, erróneo e insostenible. Más aún, es un planteamiento intrínsecamente agresivo, ya que depende de una amenaza constante y creíble de causar una muerte y una destrucción a gran escala.

Contrariamente a lo que afirman los defensores de la disuasión, la existencia de armas nucleares en el mundo no ha evitado conflictos, incluidos actos de agresión contra países con armas nucleares. De hecho, las armas nucleares han hecho más probables las guerras y los enfrentamientos, al exacerbar las tensiones y propiciar la coerción y el chantaje.

La teoría de la disuasión presenta las armas nucleares como una fuente legítima y deseable de seguridad. Esto fomenta la proliferación y obstaculiza el desarme.

El riesgo creciente del uso

El riesgo de que hoy se utilice un arma nuclear, ya sea por accidente o de manera deliberada, es más alto que nunca, y todo apunta a que va en aumento.

Esto se debe a factores como el grave entorno internacional de seguridad, el aumento de las tensiones entre los países con armas nucleares, la acumulación de sus fuerzas nucleares y la erosión de las normas e instituciones internacionales.

La búsqueda de capacidades cibernéticas ofensivas, tecnologías autónomas e inteligencia artificial en el ámbito militar agrava aún más la amenaza.

Mantener armas nucleares en alerta máxima —listas para ser utilizadas a los pocos minutos del aviso de un ataque entrante— es una práctica especialmente peligrosa. Una vez que se lanza un misil con ojiva nuclear, ya no es posible detenerlo. Debe continuar hacia su objetivo, aunque el lanzamiento se haya basado en información falsa.

En la niebla de la guerra, los dirigentes tienden a actuar de manera irracional e impredecible. El potencial de malentendidos es especialmente alto en situaciones estresantes y caóticas.

Resulta demasiado fácil prever cómo un momento de pánico o de crueldad, un ego herido o una mala comunicación, podrían desencadenar una catástrofe mundial, ya que el inmenso poder de desatar la devastación nuclear recae en apenas unas cuantas personas.

En varias ocasiones durante la Guerra Fría, el mundo estuvo peligrosamente cerca de vivir una guerra nuclear a gran escala. El incidente más conocido fue la crisis de los misiles de Cuba de 1962, en la que se vieron implicados Estados Unidos y la Unión Soviética.

El hecho de que las armas nucleares no se hayan utilizado en ningún conflicto desde 1945 se debe más a la buena suerte que a una buena gestión. Y, tarde o temprano, la suerte se agotará, a menos que se tomen medidas eficaces para eliminar esta amenaza.

Accidentes y errores

No solo existe el riesgo de un uso deliberado de las armas nucleares; también podrían detonarse por un error humano, una avería técnica, un ciberataque, alertas mal interpretadas o un acceso no autorizado a los sistemas de mando y control.

Los numerosos accidentes con armas nucleares ocurridos desde 1945, así como los incidentes en los que estuvieron a punto de usarse por errores, ponen de manifiesto el alarmante potencial de un desastre no intencionado.

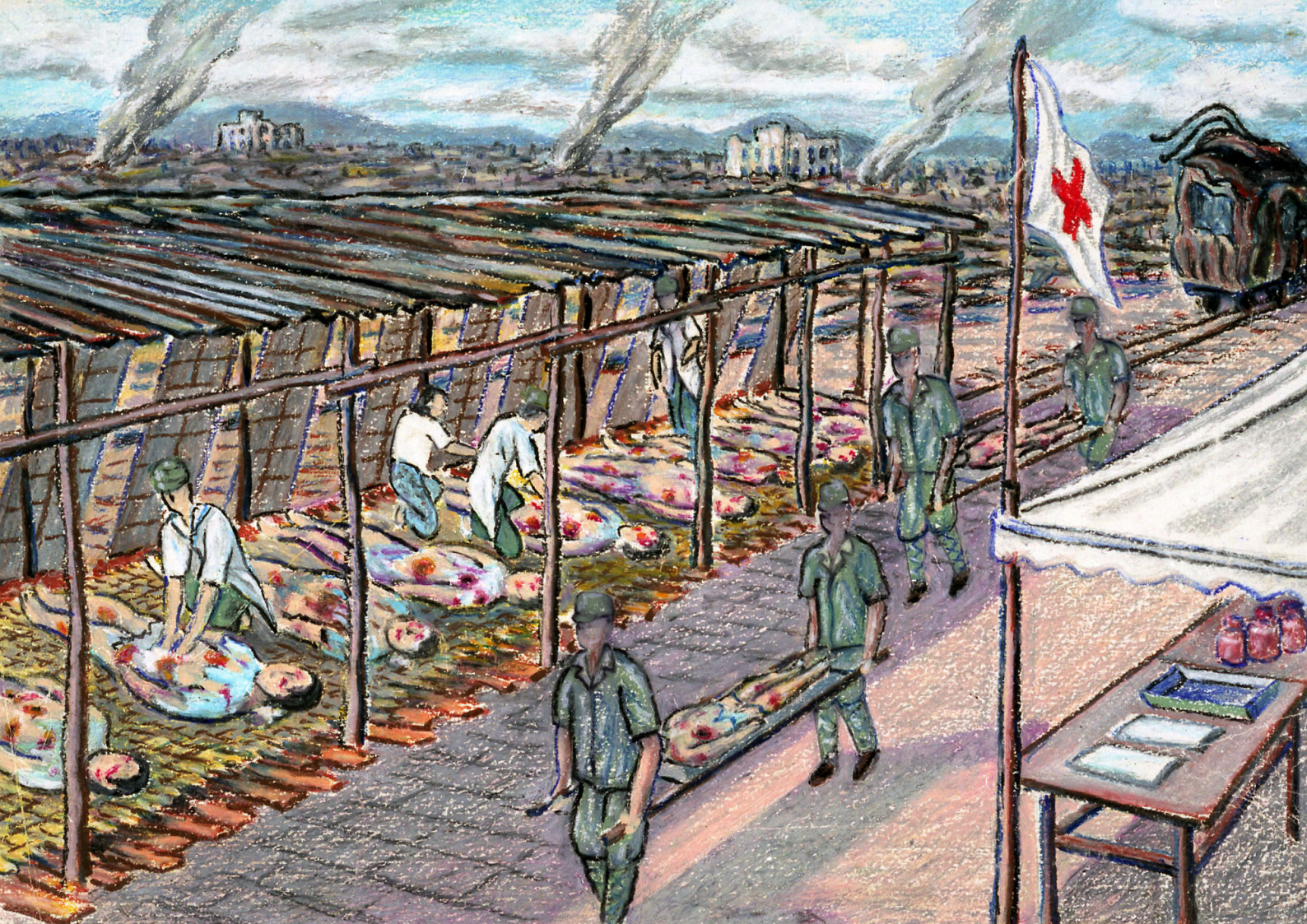
En 1968, por ejemplo, una aeronave estadounidense que transportaba cuatro bombas nucleares se incendió y se estrelló cerca de Groenlandia, lo que contaminó la zona circundante con plutonio. Por fortuna, aunque sí hubo explosiones, no se desencadenó ninguna reacción nuclear en cadena.

En 1995, las autoridades rusas confundieron el lanzamiento de un cohete científico noruego con un misil balístico estadounidense lanzado desde un submarino. El presidente ruso llegó a sacar los códigos de lanzamiento para un contraataque, pero finalmente determinó que se trataba de una falsa alarma.

Otros incidentes profundamente preocupantes han incluido la pérdida de armas nucleares en el mar, colisiones entre submarinos con armas nucleares, que se hayan confundido cisnes en vuelo y luz reflejada en las nubes con ataques de misiles con ojivas nucleares, y la introducción de videocintas de entrenamiento que simulaban un ataque nuclear entrante en una computadora operativa.



En 1961, dos bombas nucleares cayeron al suelo en el estado estadounidense de Carolina del Norte cuando un bombardero perdió un ala. «Por el margen más estrecho del azar, literalmente por el hecho de que dos cables no llegaron a cruzarse, se evitó una explosión nuclear», afirmó Robert McNamara, entonces secretario de Defensa de Estados Unidos. Crédito: Gobierno de Estados Unidos.



Representación, hecha por una superviviente de Hiroshima, de un puesto de socorro en 1945. Los heridos morían uno tras otro. Crédito: Fumiko Yamaoka.

Sin respuesta humanitaria

El uso de una sola arma nuclear en cualquier parte del mundo saturaría la infraestructura sanitaria y haría imposible una respuesta humanitaria eficaz.

Hospitales y farmacias, equipos de extinción de incendios, sistemas de comunicaciones y de transporte quedarían reducidos a escombros en toda una zona de destrucción completa que se extendería durante kilómetros.

Quienes intentaran socorrer a los enfermos y heridos quedarían expuestos a altos niveles de radiactividad, arriesgando sus propias vidas.

El Comité Internacional de la Cruz Roja ha advertido en repetidas ocasiones de que no existe una capacidad de respuesta adecuada ante el uso de una sola arma nuclear, y aún menos ante una guerra nuclear a gran escala, y de que tal capacidad nunca podría desarrollarse.

En la misma línea, la Organización Mundial de la Salud ha concluido: «Lo que quedara de los servicios médicos en el mundo no podría aliviar el desastre de forma significativa».

¿Pueden ayudar los búnkeres?

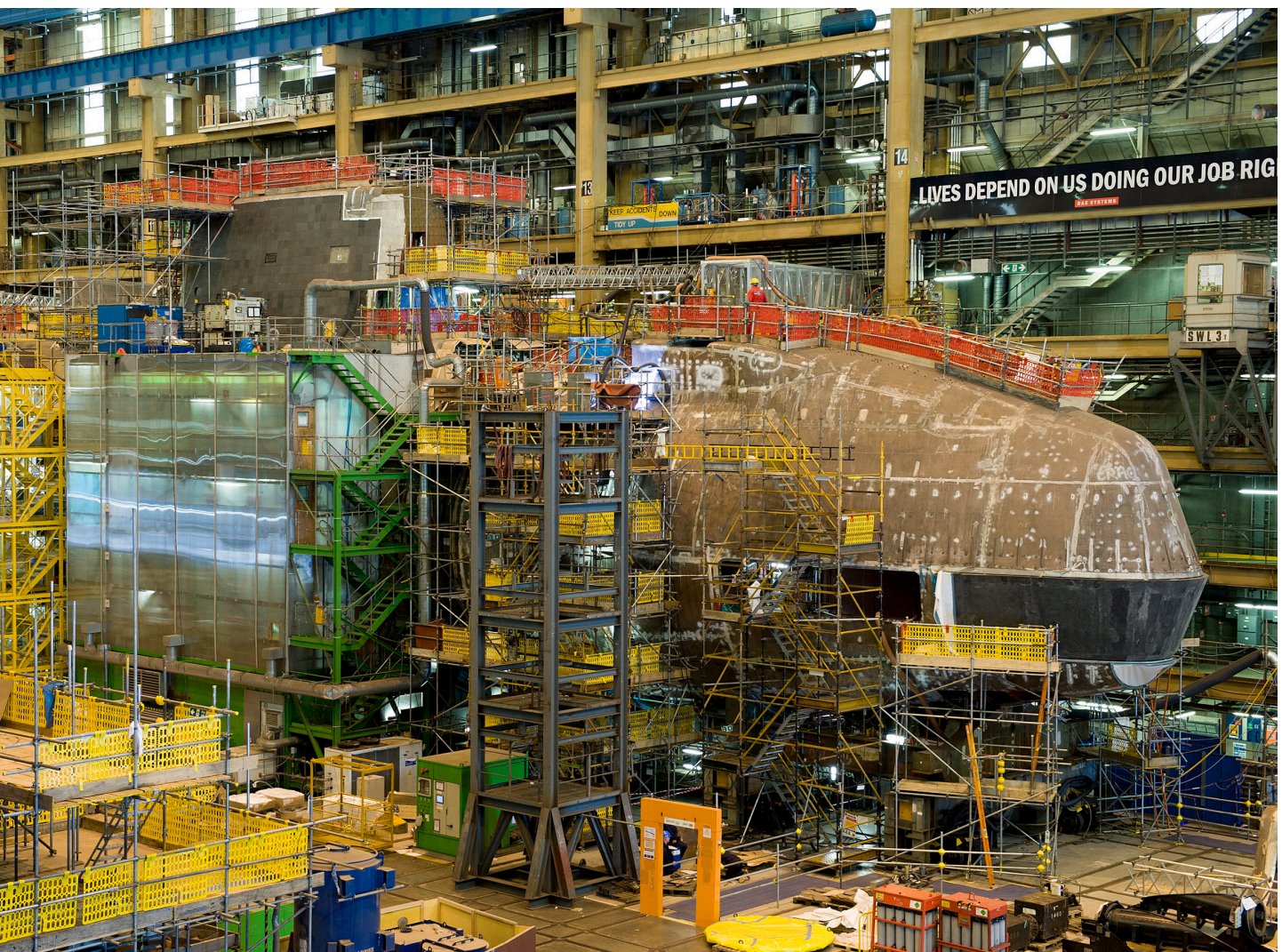
Construir más búnkeres nucleares, o refugios antiatómicos, no es la solución. Populares durante la Guerra Fría, ofrecen a la ciudadanía una falsa sensación de seguridad sobre la posibilidad de sobrevivir a una guerra nuclear.

En caso de un ataque nuclear, es improbable que alguien reciba aviso previo, de modo que no habría oportunidad de buscar refugio.

Es más, muchos de los búnkeres cercanos a la zona cero se convertirían en hornos y matarían a todas las personas en su interior. De hecho, algunas armas nucleares están diseñadas específicamente para penetrar profundamente en la tierra y destruir búnkeres.

Quienes lograran encontrar a tiempo un búnker y sobrevivir en su interior se encontrarían al salir con un infierno radiactivo y peligroso, y con escasas probabilidades de ser rescatados.

Un submarino con armas nucleares en construcción en el Reino Unido. Crédito: gobierno del Reino Unido.



Un desperdicio de recursos

Cada año, los países con armas nucleares gastan muchos miles de millones de dólares en mejorar y ampliar sus fuerzas nucleares: dinero que podría invertirse en sanidad, educación, lucha contra la pobreza y acción frente a la crisis climática.

En algunos países, hay grandes empresas que obtienen enormes ganancias por apoyar el desarrollo y la producción de armas nucleares. Los “think tanks” (institutos de estudios) y las universidades también participan y obtienen beneficios económicos.

Poner fin a esta actividad que pone en peligro la vida liberaría recursos para otros fines y permitiría que algunas de las mentes científicas más brillantes contribuyeran a un mundo más pacífico, en lugar de perfeccionar la capacidad de sus ejércitos para matar y destruir a gran escala.

Un obstáculo para la paz

Las armas nucleares no contribuyen en nada a resolver ninguno de los desafíos de seguridad actuales. Al contrario, agravan muchos de ellos o son su principal causa.

Lograr la abolición permitiría que hubiera relaciones más armoniosas entre los países y abriría oportunidades para una mayor cooperación internacional, en beneficio de las personas en todo el mundo, especialmente las de los países que actualmente poseen armas nucleares.

Sería un bien público mundial de primer orden, que serviría tanto a los intereses de seguridad nacionales como a los colectivos.

Crítica de género

A los dirigentes que se muestran dispuestos a utilizar armas nucleares se les suele elogiar por ser masculinos, fuertes y decididos, mientras que a los que apoyan el desarme se les tacha de femeninos, débiles y emocionales.

Asimismo, los debates públicos y la toma de decisiones sobre armas nucleares tienden a estar dominados por hombres.

Cuestionar activamente estas nociones y garantizar una mayor diversidad e inclusión de género mejoraría las perspectivas de éxito en el desarme.



Una instalación de Artists Against the Bomb. Crédito: Miki Anagrus.